

IV CREASPORT

Palabra de Wild

Jose Vicente Miralles

¡Wild! ¡Frank Wild! ¡El divino John Robert Francis Wild! Él fue el primero y estoy dispuesto a cruzar los puños con quien diga lo contrario. ¿Bobby Charlton? ¿Roger Hunt? No digáis tonterías. Os hablo del primer delantero total. Un tipo que se jugó la vida por marcar el gol más bello de la historia. Claro, aquí nadie lo recuerda porque en aquella época los periódicos hablaban de otras cosas, de la guerra en Europa y de las terribles inundaciones del Támesis.

Ahora prestad atención. Era el año 1915. La Antártida; 22 grados bajo cero. El Endurance, el formidable barco al servicio de la Expedición Imperial Trasatlántica, estaba atrapado entre las placas de hielo que lo aplastarían como una fruta podrida. ¿Y qué diríais que hacía mientras la tripulación? Pues jugar al fútbol, muchachos, jugar al fútbol como dignos hijos de Inglaterra; ahuyentar la muerte a patadas; hacer correr la vigorosa sangre por las venas en lugar de encogerse a llorar por su destino. Admirable, sin duda.

Ese sábado la brisa soplaba suave del Sur-Oeste y hacía algunas horas que la placa de hielo en la que estaban acampados no emitía ningún sonido inquietante. El capitán, Ernest Shackleton, mandó que seis marineros provistos de piquetas marcaran las líneas del terreno de juego. El carpintero levantó las porterías con los restos del botalón de foque, destruido durante la última tormenta, y por la parte

de atrás se añadieron trozos de redes de pesca sujetas con drizas de acero. En las esquinas flameaban las insignias azules del *Royal Clyde Yatch Club* sobre cuatro esquís clavados en la dura superficie blanca. Las pequeñas gradas se improvisaron con cajas vacías de provisiones y se sirvió una primera ronda de té caliente para los que habían quedado fuera del partido: los enfermos o quienes, sencillamente, no serían capaces de meter el balón en la boca del volcán Erebus aunque se les viniera encima. A la orilla del hielo una pareja de yubartas nadaba muy lentamente. Arrastraban sobre sus lomos planetarios una historia natural completa de lapas blanquecinas y caracoles de mar. Desde el aire las acompañaban los silenciosos albatros.

Shackleton capitaneaba un equipo. Frank Wild, el otro. En juego estaba el honor de las dos formaciones, pero también cigarrillos, chocolate, botellas de cerveza, café, navajas de afeitar y otras cosas que hacen digna la vida de los marineros. En cuanto se puso a rodar el balón se vio que la cosa iba en serio. Cada jugada se disputaba con la fogosidad y el dramatismo con que, en las trincheras de Francia, los jóvenes apretaban el fusil sobre el barro, bajo nubes de gas mostaza. Cada internada se hacía con el coraje intacto que se demostraron antes de partir al fin del mundo, cuando se conocieron en el terciopelo rojo de los hoteles de Buenos Aires. A las jugadas dudosas seguían protestas airadas que no tenían en cuenta las graduaciones de abordó ni el revólver que guardaba el capitán en la caña de la bota. ¿Y por qué? ¿Por qué si nadie les miraba a excepción de los pingüinos emperador? No tenéis ni idea. No sabéis nada. ¡Porque se miraban ellos mismos! Cada uno a sus compañeros y todos al interior de su corazón. Eran pájaros azules volando en interior de una inmensa tumba de mármol. Hurley marcó el primer gol para el equipo de Wild y, en seguida, empató Wordie, un geólogo escocés con la cara picada de viruela, que enganchó la pelota a treinta metros de la portería, la envió en dirección a Nueva Zelanda, la estampó en el pecho de una foca de Wedell y vio cómo, de rebote, entraba botando dulcemente ante la reglamentaria indignación de McNish, el portero. Después del escándalo se aceptó que la Antártida y sus criaturas eran jugadores de pleno derecho y el gol debía valer.

Con el 1-1 se llegó casi al final del choque, cuando Shackleton cogió el balón con las manos, paró el

partido y ofreció a los rivales doblar la apuesta: añadía una caja de whisky irlandés de su reserva personal contra once libras.

Los marineros aceptaron entre vítores, claro, y en la jugada siguiente Wild le arrebató el balón al capitán, que se quedó con un pedazo de su chaqueta en las manos, sorteó al cirujano, al cocinero y a dos marineros rasos, que se dejaron los bigotes sobre el hielo, y encaró la portería con la determinación de un destructor de la Royal Navy. Las botas le sacaban humo y el sol empezaba ocultarse tras los picos de la tierra de Coats cuando se encontró cara a cara con Clark, solitario y fatal bajo los palos. Entonces armó la pierna derecha para hacer el tiro de la victoria, la que haría que sus compañeros tuvieran una noche de reyes en las estancias del Ritz, bajo la proa del Endurance, disfrutando del botín, cuando el suelo se estremeció bajo sus pies y se partió el hielo. Desapareció. Se lo tragó el mar en menos de un segundo.

Clark se lanzó a socorrerlo, pero antes de dar un solo paso la banquisa cedió justo por la línea que delimitaba el área y tuvo que saltar a un lado para no caer él mismo. Durante unos instantes el pánico se apoderó de aquellos hombres. Hubo gritos, carreras, juramentos, maderas lanzadas al agua para que el naufrago pudiera agarrarse... pero ni rastro de Wild. De pronto algo alarmó a la tripulación; escucharon gritar a los pingüinos a su espalda y, al girarse, vieron salir el balón del agua a toda velocidad por una de las grietas. Tras él, empapado, jadeando con un pie en el hielo y el otro en el infierno, corría Wild, Frank Wild, el divino John Robert Francis Wild, que solo tuvo que disparar a puerta vacía para marcar el definitivo 2 a 1.

Horas después, en la cámara de oficiales del barco, Shackleton se acercó con una botella y dos vasos a Wild, que tocaba el banjo con un cigarrillo entre los labios. Al otro lado del vidrio se estremecía la noche antártica.

- Frank...
- Capitán...
- ¿Puedo preguntarte algo?

Wild dejó de tocar y aceptó el vaso. El sabor del whisky en los labios mezclado con el humo del tabaco le devolvía a las calles de Skelton con más fuerza que las cartas que ya no recibía. Sonrió.

- Júrame que durante el tiempo que estuviste bajo el agua no tocaste el balón con la mano.
- Te doy mi palabra, Shack.

Y así, muchachos, era el fútbol en 1915, cuando el campo era blanco y la palabra de un marinero valía una caja del mejor whisky irlandés.